

MI EXPERIENCIA EN GUINEA A TRAVÉS DE LA UNED

Voy a tratar del viaje más singular de todos los que hice en la UNED y que creo que no habría hecho nunca de no haber aprovechado la ocasión que se me presentó al poco de llegar. Se pidió al Departamento de Filología Clásica que fuera un profesor de latín de la carrera de Filosofía a los centros de Bata y de Malabo en Guinea Ecuatorial. Como yo llevaba esa asignatura, me ofrecí con gusto. Paso a contar lo más relevante.

Salimos del aeropuerto de Barajas cinco profesores el miércoles 16 de febrero de 1983, a las 21,30 rumbo a Las Palmas. Tuvimos mala suerte porque hubo muchas turbulencias; según oímos comentar a los tripulantes, uno de los peores vuelos que habían tenido. Una vez en Las Palmas esperamos algunas horas hasta que subimos al *Hércules*, que nos iba a llevar a Bioco (en la época española, Fernando Poo). Era un avión segurísimo, decían, pero era lento y hacía un ruido espantoso. Aterrizamos en Malabo hacia las 8,00 de la mañana. Fue a recogernos un representante de la embajada española y nos ayudó en los largos trámites del aeropuerto. Al terminar, nos dirigimos al centro en su coche y en otro que nos dejaron, *la cabra*, para nuestro uso aquellos días. Hacía un calor húmedo terrible. Nos comunicaron que no iríamos al hotel, como se nos había dicho, porque estaba en pésimas condiciones; así que debíamos hospedarnos en las instalaciones de la policía española que nos cedía amablemente unas habitaciones que tenían libres. Mientras se hacían los preparativos para nuestro “desembarco”, a punto de morirnos de cansancio, nos acercamos al mar en *la cabra*. El mar estaba apacible y la playa era preciosa. Fue un rato muy reparador del agobio acumulado.

Por la tarde tuvimos el primer encuentro con los alumnos. Tanto esa reunión como las que tuvimos después allí mismo y luego en Bata, fueron impresionantes. Pedían sobre todo ayuda elemental para llegar al nivel que requerían las carreras. Sus dificultades eran muy grandes y de todo tipo. Por otra parte, nos enteramos de que, si recibían un objeto común como material para escribir, se quedaban con él para revenderlo en cuanto podían. Alguna sesión fue de noche y al llegar nosotros apenas se veía; ante nuestra sorpresa, los alumnos sacaban de sus bolsillos unas bombillas y las enroscaban en los cascos vacíos. Y al acabar la clase, hacían la misma operación, pero al revés. No es que fueran de su propiedad y las prestaran al Centro, sino al contrario, las cogían para sus casas. Varios alumnos pidieron insistentemente que se mandaran cuadernillos en lugar de libros.

La razón era que venían de lejos y andando. Solían traer y llevar cosas para vender o comprar y los libros los llevaban en la cabeza, lo cual era duro y complicado. Eso no pasaría con cuadernillos, decían.

En Bata nos alojaron en “caracolas”, unidades prefabricadas de una sola habitación y un aseo mínimo. No habrían estado mal de no ser por la cantidad de cucarachas que aparecían por la noche. Una alumna mía de Bata, Montse, con la que hablé un buen rato en una cena que tuvimos con los alumnos, estaba embarazada. Me dijo que sería su octavo hijo, pero que el padre era otro del de los otros siete. Se había quedado viuda y había pasado a ser propiedad -así lo decía ella- del hermano, de acuerdo con la costumbre guineana. Entre la atención a los hijos, al marido y a más cosas, la pobre estudiaba latín; sin embargo, según afirmaba, le gustaba mucho.

El trabajo de las convivencias iba a desarrollarse en tres días, pero la UNED nos pidió que siguiéramos en Guinea otros tres días más para pasar el fin de semana, lo cual suponía un gran ahorro en los billetes. Lo aceptamos y planeamos hacer algún recorrido extra hacia el sur. Encontramos un guía nativo, Andrés, que nos llevaba a Cogo en su furgoneta. Nos puso en contacto con unas monjas que tenían escuelas en Cogo y que necesitaban enviar unos paquetes allí; nos ofrecimos a llevárselos y ellas nos invitaron a alojarnos en su casa de Cogo. Casualmente eran de la misma congregación de aquellas con las que yo había estudiado.

Si el viaje a Malabo y Bata fue diferente y exótico, la escapada a Cogo fue como ir al fin del mundo. La duración era de unas seis horas por carretera de tierra en mal estado para un recorrido de algo más de 100 kilómetros. Eso sí, Andrés nos amenizó el recorrido contándonos sus historias de amores y los casos de contrabando en que había participado. Paramos en varios poblados donde vivían en chozas de adobe y madera. Nada más vernos, la gente venía enseguida a saludarnos y a ofrecernos lo que tenían: yuca, piña, y en algún caso, riquísima agua de coco recién cortado por un muchacho que se subía a lo alto de la palmera en un segundo y nos lo ofrecía con una gran sonrisa. La hospitalidad de aquella gente era extraordinaria.

Al llegar al río Muni nos encontramos con que el puente de piedra estaba destrozado por las últimas riadas. Hubo que cambiar de plan: Andrés nos llevó a un embarcadero para alquilar un cayuco con el que atravesar el río. En un establecimiento de su confianza dejó la furgoneta, y, aparte, las ruedas, la batería y en un bidón, la gasolina. Aseguraba que si no lo hacía no podríamos volver... Esa travesía daba bastante miedo, no por el río en sí, sino porque en esa zona se daba la mosca tse-tsé, la portadora de la llamada enfermedad del sueño, que no tenía cura. Se contaban varios casos de

fallecimientos. Por lo demás, el trayecto transcurrió sin mayores problemas salvo el hecho de que hubo que estar achicando agua todo el trayecto.

Fue muy entrañable el hospedaje de las monjas; sencillo, muy limpio y ellas muy amables. Nos contaron muchísimas cosas interesantes: de episodios con elefantes en la selva, de los sacrificios humanos en algunas tribus, de las muchísimas dificultades, etc. etc. Nos advirtieron que sólo les iba quedando el agua del aljibe. porque se trataba de una época de sequía. Por eso nosotros también fuimos parcos en su uso. Al día siguiente nos llevaron a sus escuelas. Una era un antiguo banco distribuido en partes que no ofrecían ninguna independencia entre sí. En él aún había restos de su uso, pero faltaban las puertas y todo lo “arrancable”; lo mismo que en algunos edificios de gran porte que habíamos visto en las calles de Bata y Malabo. Al parecer, a medida que se fueron yendo los españoles se lanzaban los guineanos a un pillaje un tanto feroz. Los niños parecían felices siguiendo a la profesora que los trataba con gran cariño. Nos despedimos de ellas. Volvimos en el cayuco, recogimos la furgoneta y, una vez recompuesta, volvimos a Bata.

Al día siguiente teníamos el vuelo a España. Pasamos también algo de tensión porque se notaba que las autoridades del aeropuerto querían hacer notar su importancia con ademanes de superioridad. Pero embarcamos y llegamos felizmente a Madrid después de pasar, como es lógico, por Las Palmas y con un cansancio grande, pero habiendo vivido una experiencia sin igual.

Carmen Teresa Pabón

